

# una semana de teatro

Por JOSE MONLEON

## Una errata tremenda

A fuerza de escribir he ido aprendiendo a considerar las erratas como un penoso fenómeno que se manifiesta de forma fatal y cíclica. Hay que combatirlo, pero no es cosa de desesperarse... Sin embargo, hay erratas que uno necesita rectificar. Por ejemplo, la que apareció en mi comentario de la semana pasada. A propósito de la ley de protección teatral, escribí: «Encontrar autores de nuestro XVII, obras de entonces que puedan interesar a nuestro público contemporáneo, es relativamente sencillo. Lo que ya no está tan claro es que títulos románticos o de los cuatro primeros decenios del XX puedan hoy sufrir el enfrentamiento con el público.» El linotipista me puso XVIII en lugar de XVII, con lo que mi modesto comentario adquirió los perfiles de una imperdonable tontería. Quede hecha la rectificación.

## El premio Arniches

A mi vuelta de Elche, donde asistí a una representación de su «Misteri», vi en Alicante carteles anunciadores de la obra de Corniero que ganó el Premio Arniches. La montaba el Teatro Club de la ciudad en sesión única.

Estoy seguro de que tal estreno habrá significado un meritorio esfuerzo del grupo alicantino, al que me guardaré mucho de criticar. Entre otras razones, porque no vi su trabajo. Ahora bien: ¿Es este el camino, la salida lógica, de un premio como el Arniches?

La semana pasada hablaba yo de los premios desiertos, o de lo que es peor, de los premios sin historia, de las obras seleccionadas por un jurado y que, sin embargo, a nadie interesa ver, a nadie interesa montar.

Yo creo que el esfuerzo del Ayuntamiento de Alicante y la cuantía económica del premio merecen infinitamente más. Al propio Ayuntamiento le toca trabajar para despertar un interés, movilizar una opinión en torno al drama premiado. Sé, además, que esto preocupa a quienes allí debe preocupar. Entonces: ¿por qué no se afronta el problema? ¿Por qué no buscar desesperadamente la solución?

Como están las cosas, el Premio Arniches sirve de bien poco. Y la cuestión no está en suprimirlo, sino en hacer que sirva.

## Veneola: Lope y Valle

He leído que, por primera vez, España va a participar en el Festival Teatral de Venecia. Irá la Lope de Vega, con «Fuenteovejuna» y «Divinas palabras».

Es difícil encontrar dos títulos que mejor puedan representar a nuestro teatro clásico y moderno. No me atrevo a escribir contemporáneo, porque si bien Valle sigue siendo nuestro autor «más al día», continúa un tanto marginal al teatro que, generalmente, se estrena y jalea en los escenarios comerciales españoles.

Justamente por todo ello José Tamayo ha contraído una tremenda responsabilidad. «Fuenteovejuna» y «Divinas palabras» no pueden fallar, no puede permitirse que fallen, ante el público y la crítica de Venecia.

En su día hice mis elogios a la obra de Valle, el acierto de Tamayo con traerla a los escenarios españoles, a los valores de su montaje. Quizá, puestos a considerar su representación en Venecia, solo procede el pedirle que revise rigurosamente su dirección y, sobre todo, que le devuelva a la pieza el frescor que a buen seguro había perdido en su gira por festivales.

Con todo, la cosa está aquí bastante clara. Tamayo debe apuntarse un éxito con «Divinas palabras», la obra que ya estuvo a punto de llevar al Teatro de las Naciones.

No resulta ya tan optimista lo de «Fuenteovejuna». Figurines y decorados, por lo pronto, deben ser reconsiderados. Y la interpretación del drama ha de apoyarse en estructuras mucho más ideológicas, mucho más socio-ológicas y menos superficiales de las que acusó en el Español.

No creo, desde luego, que haya que estar contra lo espectacular. Esto sería una aberración. El teatro puede y debe «retener» al espectador y le es lícito utilizar armónicamente cualquier recurso, siempre que con ello no merme, sino que sirva los valores conceptuales. En la «Fuenteovejuna» del Español esto no sucedía. Por eso me permito recordarlo bien.

La presencia de Tamayo en Venecia, precisamente con «Fuenteovejuna» y «Divinas palabras», es una nueva certificación de su instinto, de su capacidad para saber lo que debe llevar a cada lugar, de su habilidad para jugar siempre las mejores cartas.

Justamente por todo esto quisieramos que José Tamayo y el



Rosita Sabatini, Luis B. Arroyo y Rosario de Benito, en «Lo que hablan las mujeres», de los hermanos Alvarez Quintero. Con este título han iniciado su temporada del Maravillas, de Madrid

teatro español alcanzasen un gran triunfo en Venecia. A tal fin, considero útil formular ahora este comentario.

## Los Arroyo

Después de larga ausencia, ha vuelto al Maravillas, de Madrid, la compañía de Luis B. Arroyo. Ha empezado con «Lo que hablan las mujeres», de los Quintero. Y es seguro que durante su breve temporada veremos una serie de piezas del antiguo repertorio español.

Los Arroyo están donde han estado siempre. En esa línea de «compañía en gira», en la que hay que andarse con mucho cuidado para no ir por debajo del nivel que exige el público conservador

de cualquier ciudad. Desgraciadamente, el sobrepasarlo tampoco interesa gran cosa. Entre el éxito comercial de Madrid y la exhumación de títulos de cierto prestigio entre la alta burguesía de cada capital, se alimenta la temporada.

Su trabajo es duro, merecedor de toda simpatía si se contempla dentro de las agonías de nuestro panorama dramático de provincias. Quizá irritante, si se piensa que un teatro como este difícilmente ha podido hacer nada para superar esta agonía, para descubrirle al público que el teatro tiene una importantísima misión que cumplir en la formación total de los españoles. ¡Ojalá la nueva ley de protección ayude a los que quieren cambiar la fisonomía y estructura de nuestro mundo teatral!